

# NAN GREEN EN ESPAÑA



*Una voluntaria británica  
en la Sanidad Internacional*

Biblioteca Virtual  
OMEGALFA

2021

Ω

Nan Green en España

*Una voluntaria británica  
en la Sanidad Internacional*

Fuente:  
*Asociación de Amigos de las  
Brigadas Internacionales*



Maquetación:  
Demófilo  
2021

*Libros Libres*

---

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2021

Ω

*OFRECEMOS a nuestros lectores un testimonio apasionante sacado de la autobiografía de Nan Green Una crónica sin importancia (A Chronicle of Small Beer). Se trata de los tres capítulos que esta luchadora comunista dedicó a su actividad en España durante su participación en la guerra antifascista (1936-39).*

*Nan Green no era enfermera, pero tenía un sentido de la organización y la logística que la hacía imprescindible en el sostenimiento de la actividad sanitaria internacional. Su marido George había partido hacia España a finales de 1936, como conductor de ambulancias, y pronto se integró en el batallón británico. Nan se quedó al cargo de sus dos hijos, pero recibió una oferta de su amigo Wogan Philips, recientemente herido: si marchaba a España para ocupar su lugar, él se encargaría de la educación de sus dos hijos. Así lo hizo Nan y se enroló en la Unidad Médica británica de Ayuda a España y, a través de ella, en la Servicio sanitario de las Brigadas Internacionales.*

*Pasó por los hospitales de Huete, Valdeganga, Uclés y La Bisbal de Falset, este último un hospital de sangre levantado para la ofensiva republicana del Ebro. En todos ellos mostró su valía, su generosidad y su libertad de pensamiento. También tuvo que sufrir la pérdida de su marido George, justo en la última acción del batallón británico, el 23 de septiembre de 1938.*

*El dolor de esta pérdida y del fracaso de la República no debilitó, sino todo lo contrario, su compromiso por la causa que le había llevado a España. Prosiguió su lucha ayudando a los republicanos españoles en el exilio, involucrándose en otras causas como la lucha por Paz y actuando en la Asociación*

*británica de Brigadistas Internacionales. Al final de su vida su hijo Martin la animó a contar sus inspiradoras experiencias y eso se tradujo en el libro del que extraemos este escrito. Así lo había expresado ella en una entrevista realizada en 1976, cuando tenía 72 años:*

*Bueno, nos estamos haciendo mayores y nos vamos volviendo menos activos; la gente se jubila o se está muriendo; no tenemos una oficina, solo tenemos una organización relativamente pequeña y todo se nos hace cada vez más difícil. Estamos esperando que la antorcha se levante y sea levantada por una generación más joven.*

*Afortunadamente ella contribuyó a pasar esa antorcha. Hoy en día la IBMT (Fundación Memorial de las Brigadas Internacionales) es una potente y ejemplar organización que trabaja por la memoria de los brigadistas, por la difusión de su legado y de los valores por los que lucharon.*

*Hace ya 18 años que Paul Presión escribió el libro Palomas de guerra, dedicado a cinco mujeres que lucharon en los dos lados de la guerra. Una de ellas era Nan Green. Nos basamos en este trabajo para aclarar, en las notas al pie de página, algunos detalles del escrito de Nan.*

*Agradecemos a Crispin Green, nieto de Nan y editor cinematográfico, su generosidad al permitirnos difundir esta parte del libro. También a Jim Jump (presidente de la IBMT), por su mediación ante la familia Green. Finalmente a Olga Macario, compañera de CCOO y amiga de las Brigadas Internacionales por su cuidada traducción.*

## Tres capítulos de *Una crónica sin importancia*

### VI

Fue a comienzos de 1937, un día en que George y yo estábamos haciendo la compra en Leather Lane, Londres. Me dijo: “Tengo que ir a España”. “Sí”, contesté. No logro recordar si discutimos el tema con más profundidad en ese momento. Más tarde me dijo que confiaba en que yo podía “quedarme al mando del barco” en casa; estuve de acuerdo en que podía y lo haría. Como para entonces el gobierno británico aplicaba la obsoleta Ley de Alistamiento de Extranjeros, decidimos no contarle a nadie su decisión. Casualmente la Ayuda Médica para España (Spanish Medical Aid) necesitaba a alguien para conducir un camión a España en un convoy con un par de ambulancias. George debía conducir el camión. El día de su partida le contamos al abuelo Green que George se iba, para que pudiese venir a las oficinas de Oxford Street y despedirse. Cuando se lo conté por teléfono, dijo: “Ah, si yo fuese diez años más joven, también iría” y vino rápidamente a despedirse.

Después de la partida hablé con el director de la orquesta donde trabajaba George para comunicarle que no seguiría tocando. Se quedó estupefacto. “Pero ¿y qué va a pasar con su trabajo?, me preguntó, como si un músico no pudiese dejar su trabajo por ningún motivo en esos días tan inseguros.

Principios de febrero de 1937. Mi hermana Mem, cuando se enteró, me escribió: “De qué forma la historia te golpea...” a lo

que respondí: “Ahora es cuando nosotros empezamos a golpear a la historia”. Harry Grisebrook, mi cuñado, envió a George una carta llena de agresiones por “abandonar” a su mujer y a su familia. “Escucha”, le respondí con orgullo herido, “George y yo pensamos en más gente que en nuestros hijos, pensamos en los niños de Europa, en el peligro de morir en la guerra que vendrá si no paramos el fascismo en España”.



Nan y George Green en los años treinta.

“Mantener el mando del barco” no fue fácil, pero no fue tan difícil como hubiera podido ser si no hubiese contado con el apoyo del Partido y otros antifascistas. Nuestro casero, que era judío, nos bajó inmediatamente un tercio el alquiler del

piso. Conseguí un trabajo en una oficina cercana que me permitía estar en casa a las 4 para recoger a los niños del colegio. El abuelo Green fue, como siempre, una fortaleza. Los niños echaban de menos a su padre, pero estaban orgullosos de él. Una persona que hacía campaña por los Conservadores para una elección local llamó a nuestra puerta y preguntó por Mr. Green. Frances, muy decidida, le dijo: “Mi papá se fue a España a luchar contra los fascistas”. Ya que el abuelo Green hizo de niñera con entrega, pude continuar trabajando como secretaria de sección, recorriendo la zona en bicicleta para visitar a cada uno de nuestros 63 miembros al menos una vez al mes.

A principios de julio de 1937, Wogan Philipps vino a verme.<sup>1</sup> Había partido de Inglaterra conduciendo una de las ambulancias del convoy de George. Me hizo una propuesta. Parecía que se necesitaba a alguien como yo (con habilidades organizativas) para colaborar con las Unidades de la Ayuda Médica de Gran Bretaña, que tenían abundancia de enfermeras, médicos, conductores de ambulancia y camilleros, pero les faltaba personal administrativo. Me propuso ir a España; él había sido herido y no pensaba regresar. Hijo de un miembro vitalicio de la Cámara de los Lores, no carecía de recursos. Me propuso liberarme para viajar a España y pagar para que los niños asistiesen a *cualquier pensionado de mi elección*. Su mujer, Rosamund Lehmann, escribió más tarde que Wogan había experimentado “una conversión paulina al comunismo” y tras la muerte de George, Wogan escribió, “conocer a George

---

<sup>1</sup> Wogan Philips fue un aristócrata, hijo de Lord Milford y miembro del grupo de artistas de Bloomsbury. Al estallar la guerra de España se puso del lado de la República y se integró en el Comité de la Ayuda Médica a España. Compró una furgoneta Ford y, repleta de material médico, se unió al convoy de ayuda a la República.

cambió totalmente el curso de mi vida”.

Me pasé *la noche entera* caminando agitadamente y tratando de tomar la mejor decisión. Lo conversé con el abuelo Green al día siguiente. ¿Qué era lo mejor para los niños? Si no hubiese existido Summerhill School de A.B. Neill, nunca hubiese contemplado la posibilidad de enviarlos a un internado. Pero yo creía en Summerhill y sabía que estarían en una atmósfera en la cual la decisión de su padre de ir a España encontraría total simpatía y apoyo. Estarían en el campo, tendrían comida fresca y saludable, aprenderían en libertad, y el abuelo Green los podría visitar todas las semanas. Pero ¿debía yo dejarlos? ¿No le había prometido a George “mantener el control del barco?” Estar separados de ambos padres (aunque fuese temporalmente) ¿los haría infelices? ¿Estaba yo racionalizando un deseo de escapar de la pesada responsabilidad que cargaba? No lo sé. Todavía hoy no sé si hice lo correcto. <sup>2</sup>

Pero, no obstante, me fui con la intención de volver antes de seis meses, aunque realmente me quedé casi un año. Sin la maravillosa generosidad de Wogan y el amor y la devoción sin fisuras del abuelo, no hubiese sido posible. Mi querida amiga, Winifred (entonces casada con Ralph Bates), que estaba a cargo del personal sanitario británico en España, me contó muchos años después que ella se opuso, cuando se sugirió que me llamasen, porque pensaba que la sección del Partido, de la que ambas éramos miembros, se “rompería en mil pedazos”

---

<sup>2</sup> Aunque Nan explica el porqué de su decisión, Paul Preston añade un detalle importante. Al finalizar la batalla de Brúñete (donde había sido conductor de ambulancias) Georges le escribió una larga que terminó con el siguiente párrafo: “Te quiero por la noche y por el día para trabajar contigo, para dormir contigo, para levantarme contigo, para llorar sobre ti, para consolarte y para que me consules, para cogerte de la mano y para que a veces te apoyes en mí por la noche si te apetece, y para amarte y adorarte. Por favor, escíbeme y dime si tú deseas también todo esto, o ven y cuéntamelo”.

si yo no seguía siendo la Secretaria. Pero no ocurrió, por supuesto. Nadie es irremplazable.

Nuestro buen y amable casero no sólo rechazó, por su antifascismo y por su mera bondad, el alquiler de la última quincena, sino que también me compró una estantería de libros (restos de nuestro proyecto en el Caledonian Market), que daba un toque decorativo al piso, aunque como libros casi no tenían valor. Ed Ostrey, un canadiense estudiante de medicina y miembro de nuestra sección, aceptó guardar un enorme contenedor con los objetos domésticos que consideré había que guardar. ¡Con cuánta bondad increíble me he ido encontrando en mi vida!

Los niños se prepararon para la escuela y partieron contentos, casi no se despidieron cuando subieron a un vagón lleno de futuros amigos. (Martin ya estaba concentrado en un juego de trenes que llevaba un niño de su edad con el que todavía mantiene la amistad). Wogan organizó una abundante comida de despedida en el difunto Holborn Restaurant y dijo: “Mejor que comas todo lo que puedas porque no vas a conseguir nada parecido a esto en España”; esa noche cogí el tren a París, llevaba dos maletas con unas pocas prendas y muchas medicinas.

París era la sede de la Exposición Internacional, donde, antes de coger el tren nocturno hasta la frontera española, me hechicé ante el Guernica de Picasso, tomé nota de la vulgaridad competitiva de los pabellones alemán y soviético y resoplé desdeñosamente ante la contribución británica, fundamentalmente tweeds, pipas, bastones y equipamiento deportivo, creo recordar. Luego fui a la estación para coger el tren a Puigcerdá, allí me encontré con Wilfred Roberts, parlamentario del partido Liberal, una de las máximas figuras del Comité

Nacional de Ayuda al Pueblo Español (National Joint Committee for Spanish Relief), una amplia organización (“frente unido”) de la que la Ayuda Médica era miembro independiente.

En la tarde del día siguiente ya estaba en Barcelona; llevaba apuntada la dirección de mi destino en un trozo de papel, dos maletas pesadas, casi nada de dinero y unas pocas palabras de castellano. No había ni tranvías ni autobuses debido a un corte temporal de electricidad y además era domingo. Como no logré comunicarme por teléfono, me puse en marcha, arrastrando las dos maletas y mostrando a la gente el papel por cada esquina; siguiendo las indicaciones llegué finalmente a la calle Balmes, donde estaba el centro de recepción de la Ayuda Médica.

Ya no era tan palpable el gran entusiasmo que había caracterizado a Barcelona un año antes; los “*incontrolados*” anarquistas estaban bajo control de alguna manera y las dificultades estaban comenzando a dejar su huella en la ciudad.

La gente tenía un aspecto cansado, demacrado y a menudo harapiento, pero valiente y nada desanimado. Los edificios mostraban las marcas de viruela del fuego de las ametralladoras. El polvo y los escombros emitían un olor acre que luego se me hizo tan familiar tres o cuatro años más tarde en el Londres en guerra. Y sin embargo un tranvía increíblemente maltrecho se desplazaba por la calle. Había servido como vehículo blindado en los primeros días de la rebelión fascista, con él los trabajadores habían atacado un edificio público que ahora estaba decorado con pancartas y carteles. Lo acompañaba en el momento un grupo de jóvenes animosos que recogían dinero para la Cruz Roja. Me informaron que esto ocurría todos los domingos. ¡Y vendían claveles en los puestos de flores de las Ramblas!

Mis percepciones son más rápidas con los ojos que con los oídos y ambas son más rápidas que mi *asimilación*. Me lleva mucho tiempo llegar a conclusiones y los pensamientos y las impresiones me dan vueltas en la cabeza cuando trato de conciliar imaginación con realidad. Me descubrí deseando beber alguna pócima que me hiciese (en términos de un nuevo proceso que en ese momento daba mayor profundidad a las películas en blanco y negro) *pancromática*. Todo era demasiado nuevo y las cosas ocurrían con tal rapidez que no tenía tiempo para descubrir su significado.

Mi destino ya estaba establecido. A la mañana siguiente me dieron *un salvoconducto*, un trozo de papel que me autorizaba a viajar a mi destino. Viajar, ¿cómo? En todas las salidas de Barcelona había puestos de guardia que paraban cada vehículo que salía de la ciudad y lo llenaban de pasajeros a donde fuesen, una suerte de auto stop militar. Después de una hora larga de espera, me empujaron a un camión abierto con unas 20 personas más y partimos. Después de hacer noche en el hospital de convalecientes de Benicassim, donde me encontré con Angela Guest. A la mañana siguiente 'pasé por el mismo procedimiento y ese mismo día por la tarde llegué a Huete, donde estaba "el Hospital Inglés". Para mi más profunda sorpresa, encontré allí a George.

Bien, George había partido para España con la firme intención de sumarse a las Brigadas Internacionales nada más entregar su camión, pero yo tenía la vaga idea de que todavía seguía en el servicio médico. (Había censura de la correspondencia, y las respuestas iban a una dirección codificada que no indicaba quién era el emisario). Me había mandado informes cuidadosos de las batallas en las que había participado, de la muerte de Julian Bell y de la de Izzy Kupchick y otros que conocíamos, y un vívido aunque típicamente sutil relato

de su primera experiencia de bombardeo aéreo en el que describe cómo estaba metido en un foso y “experimentó un repentino afecto” por sus *manos*, las manos, no olvidemos, de un violoncelista.

Poco antes de mi llegada se había quemado la piel de un brazo al meterse debajo de su ambulancia para examinar el atasco de gasolina en un camino de montaña, y la gasolina helada le había corrido por el brazo levantándole la piel. Lo habían enviado a Huete para tratarlo y ya estaba casi recuperado. Mientras tanto lo habían designado Comisario Político del hospital. Fue una pura casualidad y la buena suerte lo que nos había reunido. No había alimentado la ridícula idea de viajar a España para “reunirme con mi marido”, aunque tenía una profunda y recóndita esperanza de encontrarlo, pero no tenía expectativas de este increíble regalo. Fue una auténtica alegría.

George era un buen Comisario. Más adelante contaré un par de incidentes típicos para ilustrar sus cualidades. Parte de su trabajo consistía en promover el bienestar de los pacientes y del personal, y para ese día había planificado un concierto para los pacientes que podían desplazarse o ser desplazados al salón de actos, primitivamente quizás la capilla de lo que había sido un convento. Se había comprado un violoncello; un chaval bávaro con una pierna herida tocaba el violín de oído, el fontanero del pueblo era un excelente guitarrista -aunque también sin educación musical- y un paciente catalán -también con una pierna herida- tocaba el *bandurrión*, (una especie de mandolina). George les enseñó melodías y tenían ya un repertorio aceptable. Un paciente que había recibido el alta dejó un acordeón. A primera hora de la tarde George me explicó todo esto y me dijo que yo debía tocar con su orquesta esa noche. “¡Pero si no sé tocar el acordeón!”, protesté. “Esta noche sabrás”, me respondió con firmeza. La parte del teclado era fácil, por supuesto, dado que había recibido clases de

piano cuando era niña. Durante la tarde aprendí una docena de acordes y obedientemente ocupé mi lugar en la orquesta esa noche (debió de sonar espantosamente).



George y Nan Green con voluntarios y trabajadores del hospital.

Al día siguiente me explicaron mi trabajo: secretaria adjunta. El Administrador en Jefe era británico, como el cirujano, las enfermeras de quirófano, las enfermeras de sala (incluyendo tres neozelandesas) y uno o dos de los conductores de ambulancias. Para mi desilusión pronto descubrí que había complicaciones y roces en las relaciones y acciones de este grupo de personas. El anticomunismo de los líderes conservadores y laboristas tenía su reflejo aquí, y llegué a sospechar (aunque nunca a demostrar) que el Ministerio de Asuntos Exteriores (Foreign Office) tenía sus largos tentáculos en este y otros fre-  
gados.

De todas maneras, se realizaba el trabajo con total entrega y los españoles (pacientes, mayoritariamente campesinos, personal y vecinos de Huete) eran un ejemplo glorioso y una lección para todos. La formación de las jóvenes del pueblo como enfermeras y ayudantes iba muy rápido debido a su entusiasmo por aprender y su entrega al trabajo, superando las expectativas de nuestras enfermeras. Como los hombres de Cromwell, sabían por qué luchaban y amaban lo que aprendían.

Nunca podré olvidar una abuela anciana, a cuya casa cueva fui (la mitad de las casas de Huete consistían en cuevas cavadas en la ladera del cerro del pueblo), cómo trataba de reclutar mujeres para la lavandería del hospital. Su hija, a quien yo buscaba, había salido y ella estaba rodeada de sus nietos, uno o dos en edad escolar. Había dibujos de los niños clavados en las paredes encaladas de la cueva. "Mira", dijo señalándolos con orgullo, "antes de la República no había ni un lápiz en el pueblo y ahora los niños van a la escuela. Sí, mi hija vendrá y te ayudará. Los hombres heridos están luchando para que los niños puedan aprender."

Mi colega principal era Pere Barat, un catalán de 30 años de aspecto demacrado y débil, que tenía tuberculosis. Como muchos catalanes, hablaba francés y castellano así como su lengua materna, que hasta cierto punto es una mezcla de las dos. En los escasos momentos de descanso, me enseñó pacientemente el castellano (usando el francés, que en ese momento yo conocía mejor). Por estas primeras lecciones en lo que más tarde sería para mí casi una segunda lengua que contribuyó a mi historia posterior, agradezco a Pere (Pedro) que me brindó los conocimientos elementales con amabilidad, paciencia, perseverancia y rigor. El estudio se completó con una inmensa gramática *Jesperson*.

No quiero exagerar el trasfondo político. Las enfermeras británicas eran modelos absolutos de eficiencia y entrega y la mayoría eran “apolíticas”, se ocupaban sólo de su tarea curativa. Nunca olvidaré, por dar un ejemplo, a Dorothy Lowe, una enfermera que había realizado casi toda su carrera en el ejército británico. Dorothy recibió en su pabellón a tres heridos que, debido a la negligencia de otro hospital, estaban moribundos. Gracias a simples cuidados de enfermería, los volvió a la vida y a la salud, limpiando sus desgraciadas escaras, cuidando sus heridas, supervisando su dieta y acompañándolos de noche y día. Y todo esto, recordad, antes de que se conociesen los antibióticos, antes de que la sulfapiridina hubiese salido de los laboratorios, y con una crónica escasez de productos médicos, cuando el agua y el jabón eran a menudo el único antiséptico disponible y cuando a veces faltaba hasta el jabón. La historia de los logros de las unidades médicas británicas en España debería haber sido escrita ya. Espero que alguien la escriba.

Esta es una crónica de andar por casa. Sólo puedo contar lo que vi y viví. Ahora viene el recuento de los problemas cotidianos que George, como Comisario Político, tenía que enfrentar. Nuestros pacientes, un reflejo de la composición del Ejército Popular Republicano, eran fundamentalmente campesinos. Su experiencia de hospital era, en general, limitada a hospitales gestionados por la iglesia católica, dirigidos por monjas que, en lo fundamental (y en el pasado), estaban más preocupadas por salvar almas que cuerpos. Con razón o sin ella, muchos de nuestros pacientes tenían *miedo* a las monjas. Ahora bien, las enfermeras valoraban, como es lógico, su estatus, que a menudo se distinguía por detalles del uniforme (tal como ocurre en el presente con algunas instituciones como el St Thomas’Hospital donde la diferencia entre un cin-

turón azul y uno blanco es un escalón en la jerarquía). Las enfermeras, que habían sido supervisoras en Inglaterra, estaban orgullosas de llevar un gorro consistente en un cuadrado blanco, doblado en triángulo con una punta colgando a la espalda. Este tocado aterrorizaba a algunos pacientes, ya que se parecía a algunas órdenes. Le tocó a George persuadir a algunas de estas supervisoras inglesas para que dejaran de lado los símbolos de estatus. Fue difícil, pero lo logró. Lo observé un día tratando de mover un enorme armario con la ayuda de dos camilleros españoles muy jóvenes. Empujaban, arrastraban, levantaban sin lograrlo.

"Es imposible, George", dijo uno de los chavales.

"Para un comunista nada es imposible", contestó George. Un esfuerzo más y el armario se movió...

Una noche alguien con mucha prisa vino a buscar a George. El guardián del hospital, un irlandés, se había emborrachado y estaba violento. Corrí con George al puesto de guardia. George observó brevemente y dijo con voz tranquila: "Bueno, lo siento Paddy, colega" y con un puñetazo bien calculado en la mandíbula, lo tumbó y lo retiró del lugar con cuidado.

En otra ocasión se organizó una fiesta, creo que para conmemorar la Revolución de Octubre, y el hospital invitó a todo el pueblo a participar. Se preparó un bar en lo que había sido la cripta del monasterio y era ahora el garaje de ambulancias. Para hacer un foso donde revisar los bajos de los coches se habían quitado algunos adoquines y aparecieron huesos humanos. Un artista americano, uno de nuestros pacientes, diseñó un cartel que se colocó detrás de la barra, con las caricaturas de Franco, Hitler y Mussolini; para completar el mensaje, colgó algunos huesos debajo de la pancarta. Se planteó la cuestión si esto no podía generar antagonismo entre los vecinos, teniendo en cuenta que los huesos podían pertenecer a

familiares. Como secuela de mi rechazo personal de la religión cristiana, estaba vehementemente a favor de dejar los huesos. “No me gusta tomar una posición contraria a la de mi mujer”, dijo George, y procedió a recordarnos el significado del Frente Popular. Los huesos se retiraron y se volvieron a enterrar y asimilé mi lección sin demasiada dificultad.

Durante ese mes (noviembre de 1937) George vivió un triunfo musical. Llegó una invitación para que su “orquesta” viajase a Madrid y grabase música para Inglaterra, como acompañamiento para la petición de suministros médicos. George tenía que hacer el llamamiento. Ensayamos y ensayamos, partimos para Madrid en un camión que pertenecía al hospital. El viejo fontanero, el vecino fontanero/guitarrista, que había estado una vez en su vida en Madrid, graznaba tristemente y repetidamente mientras atravesábamos las calles sin iluminación de Madrid: “¡Madrid no es Madrid sin luces!” En un estudio estilo Heath Robinson ejecutamos nuestras melodías, apretando los dientes para que Willi el bávaro, con su costumbre imposible de erradicar, no introdujese un compás extra para confusión de los demás. Para nuestra enorme satisfacción todo transcurrió bien; dos personas de la Radio nos visitaron al día siguiente, y nos propusieron quedarnos otra noche y hacer una grabación *mundial*. Pero, lamentablemente, nuestro camión tenía que regresar a Huete y nosotros con él.

## VII

En diciembre, George por fin logró su deseo de ir al frente y sumarse al Batallón Británico. Casi al mismo tiempo me nombraron Administradora de un hospital para convalecientes en Valdeganga, que en el pasado había sido un hotel balneario,

ya que estaba junto a unas surgentes cálidas de aguas con propiedades químicas, que emergían desde debajo de la superficie prácticamente hirviendo. Había sido un lugar para gente rica, había bañeras de mármol y grifos de plata con la forma de cabezas de cisne.

Mi trabajo en Valdeganga [de Cuenca] no era sencillo. Las cuentas y los archivos estaban en mal estado. El hospital recibía un dinero por cada paciente, consecuentemente si el número de pacientes disminuía, recibíamos menos dinero por mes para su funcionamiento y a veces para tener solvencia teníamos que despedir al personal, fundamentalmente chicas del pueblo vecino, que era un bastión anarquista. Hubo violentas comisiones a favor de los desempleados temporales. Con razón o sin ella, sospechábamos de Huete, que debía mandarnos sus convalecientes y se los guardaba innecesariamente para lograr su propia solvencia. En ciertos momentos, cuando los combates aumentaban el número de heridos, nos enviaban un grupo de pacientes y nosotros podíamos completar el personal. Las chicas del pueblo, fundamentalmente auxiliares de pabellones y cocina, dormían juntas en dos habitaciones, y como era invierno y la zona era montañosa (nevó en esa navidad, cosa poco común), a menudo compartían las camas para entrar en calor. Hubo un brote de sarampión; fue necesario descontaminarlas, así como su ropa y la ropa de cama. La mayoría de las jóvenes sólo tenían un par de bragas y se negaban a entregarlas... El Oficial Médico austríaco las hostigaba; yo creía que era mejor persuadirlas. Frank Ayres,<sup>3</sup> el Comisario Político, no se cansaba de explicar y finalmente ganamos esa batalla.

Lamento decir que el Oficial Médico era adicto a las drogas y

---

<sup>3</sup> Un ferroviario de Yorkshire que había sido miembro del partido desde el comienzo de este.

se estaba apropiando de la morfina del hospital. Para conseguir más tenía que pedir mi firma.<sup>4</sup> Cuando empecé a sospechar de él, se inventó entre los pacientes un adicto desconocido y protestó diciendo que “esta gente es tan astuta que es imposible rastrearla”. También se me insinuó, no sé si por mis ojos guapos o para neutralizar mi hostilidad.

Creo que, debido a la altitud [800m], todos estábamos afectados por el “mal de altura” y vivíamos en un permanente estado de leve excitación. La fisioterapeuta (excelente), una refugiada austríaca que se había formado en Inglaterra y afiliado al Partido Comunista, poseía una rigidez política teutónica y comenzó a susurrar una vendetta contra Frank, el Comisario, por negarse rotundamente a retirar literatura anarquista de la biblioteca de los pacientes... Esto ocurría en el momento más alto del odio, de inspiración soviética, contra el “trotskismo”, que impregnaba a todo el movimiento comunista y hacía que la caza del hereje fuese una cruzada justa para muchos militantes.

El viejo y sensato Frank Ayres, cuya experiencia en el movimiento era mayor que la de todos los demás (era un ferroviario de Yorkshire que se había afiliado al Partido Comunista desde joven y había hecho trabajo político en varios países), ignoró la vendetta. El Oficial Médico hizo algo que nos llevó a una clara enemistad. Frank fue llamado a hacer una visita corta a Inglaterra, para informar al Comité de la Ayuda Médica para España sobre las necesidades de servicio del hospital. Llevaba un cuaderno con notas sobre el comportamiento

---

<sup>4</sup> Carol Herbert Kretschmar era un comunista, estudiante de Medicina, que fue arrestado por los nazis y huyó a Graz, Austria, donde terminó la carrera. En enero de 1937 se unió al batallón Thalmann, donde ejerció como un experto cirujano. “Al parecer, afirma Preston, Kretschmar reaccionó al sinfín de cadáveres de la guerra dándose a las drogas”.

y el carácter del personal médico con el que estaba en contacto. Pensó dejarlo en la caja de seguridad de mi despacho, pero decidió que sería excesivo pedirme que no lo leyera. No sé si lo hubiese leído o no, pero sin duda hubiese sido una gran tentación. Por lo tanto, se lo dio a Anita, de la que se estaba enamorando. Sus informes confidenciales estarían muy seguros con ella dado que no sabía ni una palabra de inglés. Anita, ayudante de la ama de llaves, era una ex estrella de cine cuya belleza concordaba con su naturaleza y voluntaria en el servicio médico desde el comienzo de la guerra. Era ayudante de una mujer mayor taimada y obsecuente llamada Felisa que, para quedar bien con el Oficial Médico y lograr sus favores, informó que Anita tenía un libro escondido debajo del colchón. Pocos días después de que Frank partiera, aquel infeliz la denunció a la policía civil como espía que había robado el libro de Frank para dárselo al enemigo. La policía vino a medianoche y se la llevó rápidamente a la cárcel de Cuenca.

A la semana siguiente fui a Cuenca y, tras varios días de tortuosas entrevistas, declaraciones, contradecaraciones, investigaciones y golpes en la mesa, logré su liberación. Volví triunfante con ella al hospital del que pronto fue despedida por el Oficial Médico y volvió a su Valencia natal. Entonces éste se volvió contra mí; primero inventó una acusación de malversación con la endeble base de que llevaba la contabilidad en un libro que tenía, cuando me hice cargo de él, sólo una cifra en la primera línea de la primera página: 1000 pesetas. Como esto carecía de significado, di simplemente vuelta a la página y comencé mi contabilidad en la segunda página, ignorando la primera. Después de hurtar, o provocar el hurto del libro contable de mi despacho, convocó una reunión del personal y los pacientes e inició una dura diatriba contra mí. "¿Qué ha pasado con las mil pesetas?" No logró que la acusación siguiese adelante, pero logró enlodar la atmósfera y la gente

tuvo que tomar partido. El ambiente se deterioró. Finalmente viajamos a los cuarteles médicos de Albacete, donde dios sabe qué acusaciones formuló sobre mí a las autoridades (algunas me siguieron a mis trabajos posteriores, pero no lo supe hasta mucho después). Sin posibilidad ni voluntad de verificar o comprobar estas acusaciones, las autoridades (no recuerdo sus nombres) me entrevistaron y, con el pretexto de que el enfrentamiento entre el Oficial Médico y su Administradora era negativo para el hospital, me hicieron dimitir.<sup>5</sup>

(Entre las acusaciones que realmente oí de parte de dos funcionarios austríacos en una especie de agotador preámbulo estaban la de que yo era una impostora; yo no era Nan Green, sino la esposa de Egon Erwin Kisch, el escritor checo. Indignada, enseñé mi pasaporte, que me fue confiscado: me lo devolvieron después de vehementes protestas y mentirosas negativas).

Enfadada, y aparentemente sin amigos, regresé al hospital, recogí mis cosas y volví a Albacete sin nada que hacer. Fui al Comisario de las Brigadas Internacionales; no era de su competencia, pero acordó enviarme a los cuarteles médicos de Barcelona, donde me podían contratar. Me monté en un tren militar que estaba hasta los topes, pero muy pronto se detuvo y se quedó en la vía durante 24 horas (aunque no lo sabíamos, la carretera al norte había sido cortada por el avance fascista

---

<sup>5</sup> Len Crome, médico jefe de la 35 División Internacional, reflexionó años después sobre este tipo de incidentes: "Una de las facetas menos agradables de la vida en las Brigadas Internacionales era las frecuentes denuncias... Ningún oficial podía batirse en retirada una yarda sin arriesgarse a que le acusaran de ser un agente secreto de la Gestapo o un trotskista, que en la época venía a ser lo mismo. Algunos informes fueron hechos por persona que creían en ellos honradamente, pero no tengo la menor duda de que muchos estuvieron inspirados por la hostilidad personal o la envidia, por el deseo de mostrar la virtud propia y de que a menudo procedieron de personas maliciosas e competentes".

hasta la costa). En ese momento, y para mi profundo alivio, Frank apareció como un *deus ex machina* y me llevó a la ciudad de Valencia, donde el personal y la Ayuda Médica tenían su segundo centro de recepción, como el de Barcelona. En Londres Frank había recibido el encargo de gestionar el personal de la Ayuda Médica para España, y se había enterado de que yo estaba en el tren que partía para Barcelona.

No puedo terminar este episodio in agregar algo sobre el hospital de Valdeganga, donde se había hecho un muy buen trabajo y donde tuve momentos muy felices. Alrededor del hospital, en las laderas, crecía la lavanda silvestre. Cuando caminabas, al rozar, las plantas, liberaban su adorable perfume. Los vecinos eran muy amables, salvo cuando los malmetían las enfermeras. Organizamos una fiesta infantil para el año nuevo de 1938. Los padres asistieron y vieron cómo los niños se divertían (no recuerdo como nos apañamos, pero al terminar la comida les dimos una chocolatina, algo que la mayoría nunca había visto). En el remoto pueblo de Valdeganga había bastante endogamia, daba la impresión de que todos los niños se presentaban como “mi primo”, y algunos tenían la característica de tener unidos los dos dedos medios de las manos. Al final de la fiesta, un niño comenzó a cantar una canción en pareados rimados muy conocida y los pareados fueron retomados por cada niño, cada uno agregaba un verso. Comenzaba “¡Larga vida al hospital inglés, larga vida a los heridos!”; ya no me acuerdo de la letra, pero recuerdo mi sorpresa y emoción ante la continuidad de los versos y las voces infantiles que los cantaban.

El pueblo tenía una pequeña estación eléctrica, el gerente solía venir con su mujer al hospital los sábados por la noche a nuestro baile semanal. Él tocaba el violín y ella el piano. La mitad o más de nuestros pacientes tenían suficiente movili-

dad como para bailar, pero había mucha dificultad para conseguir parejas. Por aquel entonces las chicas del pueblo no podían ser tocadas por ningún hombre antes de casarse, excepto por los padres o hermanos, y bailar con un extraño podía arruinar sus perspectivas de matrimonio. Preparé un discurso serio, que recitaba todos los sábados por la noche, rogando a las chicas que considerasen a esos hombres heridos como hermanos. Sólo las más valientes respondieron positivamente, el resto bailaba con otras chicas mientras nuestros pobres pacientes bailaban entre sí.

El violinista recibió un llamado a filas y su mujer marchó a la casa de sus padres. Volvió a aparecer el viejo acordeón y los sábados por la noche me sentaba durante dos o tres horas en un extremo de la sala de ocio rascando foxtrots, pasodobles y la inmortal “Over the Wave”, unas diez melodías en total. El amable camarero (un paciente) mantenía siempre llena una jarra de hojalata con un vermut muy dulce y seco. Cargar con mi instrumento y caminar en línea recta hasta el hospital era mi prueba semanal de fortaleza mental.

La fisioterapeuta austríaca, logrando borrar sus malas acciones, hizo maravillas diseñando equipos para ejercitar y entrenar miembros dañados. Teníamos dos mesas de ping-pong que servían de gran aliciente para usar brazos y piernas agarrados o inutilizados.

Un canadiense mayor llamado Arthur Tazzaman, que padecía gastritis, sospechaba que los cocineros lo querían envenenar. Organicé turnos para acompañarlo en las comidas y cambiar los platos en cuanto nos servían, así logró superar su dolor y su limitación al punto de rescatar los restos de tres coches que estaban en el arcén camino del hospital y, con la ayuda de todo aquel que podía sujetar una llave o reconocer las partes de un motor, construyó un camión totalmente nuevo. Casi lloraba

de ansiedad al verlo salir del hospital conducido por nuestros alocados conductores españoles y lloraba de alivio cuando lo veía regresar intacto.

Frank había regresado de Inglaterra para dar forma a la sección inglesa del hospital de Uclés, recientemente adoptado por el Comité de la Ayuda Médica para España. No sé cómo se había seleccionado Uclés, pero las razones de la adopción reflejaban la dicotomía en el “amplio” movimiento inglés, que tenía muchos problemas reales. El movimiento “Ayuda para España” tenía que enfrentarse a esa parte de la opinión pública influida por la intensa campaña de los conservadores (y sus voceros en la prensa), que buscaban presentar a los republicanos como ROJOS, sin tener en cuenta que al comienzo de la guerra el Frente Popular era mayormente socialista y el Partido Comunista no tuvo nunca más de dos ministros en el gobierno. Franco era para ellos un galante caballero cristiano que conducía una cruzada sagrada contra los malvados Rojos, títeres de Moscú, etc.

Esta imagen de la lucha no influía a la gran mayoría de los trabajadores ingleses, pero el movimiento Ayuda para España necesitaba y quería el apoyo de simpatizantes ricos cuyos sentimientos humanitarios no eran lo suficientemente fuertes como para superar el miedo a ser caracterizados como “compañeros de viaje” o algo peor. Las unidades médicas británicas habían partido de Gran Bretaña en una misión totalmente humanitaria, pero de forma natural se habían implicado del todo en la lucha antifascista, lo que implicaba contactos con los comunistas españoles y las Brigadas Internacionales, así como con los socialistas, republicanos y otros partidos de la izquierda y la derecha. Lo que en Inglaterra se llamaban hospitales “ingleses” pasaron a estar bajo control del gobierno republicano; el personal era adjunto al ejército republicano y su admiración por la magna lucha de los españoles naturalmente

influyó en sus ideas políticas. En Londres había una especie de esfuerzo incesante para mantener o presentar las misiones médicas como políticamente "puras", con la intención de no alejar miembros del comité o de fracturar el frente amplio.

Uclés, tal como yo lo veo, era un intento más del comité de Londres por establecer una empresa solidaria nueva y *no completamente comprometida*. Un nuevo grupo de enfermeras británicas, seleccionadas por su carácter y procedencia no izquierdista, fue destinado a esta nueva localización; también se envió muchísimo dinero para ayudar con equipos y otras cosas que faltaban. Iba a haber otro Pabellón Leah Manning, un nuevo quirófano, y se comenzó a mejorar el saneamiento, que era deplorable. De hecho, el personal español y la gerencia eran tan "no comprometidos" que se inclinaban claramente a la derecha. (Cuando las tropas de Franco llegaron en 1939, tras la derrota republicana, algunos médicos sacaron sus camisas azules de las maletas y fueron a vitorearlos).

El viejo Frank había sido enviado por Londres para organizar este proyecto. Llevó a Anita consigo. Encontramos una línea de tubos de hormigón que iba desde el hospital (un antiguo monasterio mucho más grande que el de Huete) hacia abajo, hacia lo que pretendía ser un nuevo tanque séptico. Se había enviado dinero de Inglaterra para completar la obra, pero una parte se había "desviado" temporalmente para pagar al personal. Un foso seco rodeaba el edificio, y allí se arrojaban vendajes sucios y trozos de miembros amputados: esto lo convertía en morada de una inmensa colonia de ratas. Un pabellón vacío con un cartel en la puerta advertía que iba a ser el Pabellón Leah Manning, lo que provocó un estado general de hostilidad en contra nuestra.

No había ningún trabajo para mí. Anita se hizo cargo de una casita escasamente amueblada destinada a vivienda para las

enfermeras inglesas. Mientras esperaba que llegase el comunicado oficial que Frank pidió a Barcelona, intenté, de la mejor manera posible, levantar la moral de estas pobres chicas inglesas que habían sido arrojadas a este caos: una de mis tareas diarias era despiojarlas cuando volvían de los pabellones. No estaban autorizadas a realizar turnos nocturnos. Recuerdo haber visto a una llorando. Tenía un paciente parapléjico y una noche una rata se había metido en la cama y le había mordido la pierna; él, lógicamente, no se había enterado. Ella consiguió cuatro latas grandes, las llenó con desinfectante y metió en ellas las patas de la cama. Las enfermeras del turno noche quitaron las latas porque daban una “mala imagen”... También construí una ducha con una lata de galletas (le hice agujeros) y la coloqué en un rincón del jardín; subida a una silla, echaba jarras de agua mientras las chicas se lavaban.

Debí de permanecer allí no más de tres o cuatro semanas esperando la citación oficial que Frank había pedido para permitirme ir a Barcelona. Recuerdo el 1º de Mayo de 1938; ese día me desmoroné por primera vez. No había nadie en la casa. No había recibido cartas en casi un mes. No sabía dónde estaba George. Comencé a pensar en otros 1º de Mayo, las banderas alegres y los cánticos, de cómo empujaba el cochecito - un cochecito doble con mis queridos hijos- desde Embankment hasta Hyde Park, y comencé a llorar abundantemente. Fui a la cocina, puse la cabeza en el rodillo de la toalla detrás de la puerta y las compuertas se abrieron. Frank y Anita me encontraron. Fa querida Anita vino rápidamente a abrazarme y se puso a llorar conmigo. “*¿Por qué estás llorando, Nan?*”, dijo. El bronco y viejo Frank, siempre tan práctico, trajo tazas de té fuerte y aspirinas. Muchos años después me dijo que hasta ese momento me había considerado admirablemente eficiente pero con un corazón de piedra; mis lágrimas habían dado calidez a sus sentimientos y se habían transformado en afecto.

La única tarea útil que hice durante mi breve estancia en Uclés fue ayudar a Frank a cortejar a Anita. Su español era en ese momento bastante más limitado que el mío y estaba dispuesta a hacer de intérprete. “¿Qué dice, NanT\ era la pregunta habitual de Anita. Fo aseguro, estoy convencida de que hubiesen podido arreglársela sin mí. Pero esos dos amigos, en sus bodas de plata en Fondres veinticinco años después, hicieron un brindis especial por su “intermediaria”.

Pronto llegó la citación oficial para trasladarme al norte. ¿Cómo podía llegar allí? La carretera estaba cortada. Las autoridades españolas rechazaron, con toda razón, darme cualquier tipo de salvoconducto. No puedo recordar cómo, pero Frank se las apañó para organizar un viaje a Marsella en un buque de guerra británico (el *Sussex*), como acompañante de una de las enfermeras inglesas que regresaba enferma a Inglaterra. La insobornable galantería con la que los oficiales del *Sussex* se ocupaban de nuestro confort (comenzando por las tazas de té de delicada porcelana junto con el pan blanco, mantequilla y mermelada de frambuesa de nuestra primera comida a bordo, por no mencionar lo de poner un marinero en la puerta de nuestro camarote, siempre preparado para escoltarnos a la escalerilla hasta el puente y transportar cualquier cosa, hasta un libro, que pudiésemos tener en las manos) hicieron que el viaje de tres días pareciese un sueño en comparación con las raciones escasas y groseras y las condiciones de vida que habíamos tenido. Tres veces nos preguntaron: “¿Les han enseñado dónde está el CUARTO DE BAÑO?” En Marsella acompañé a Penny a su tren, compré una larga lista de medicinas que me había encargado Frank, y fui a ver al cónsul inglés para obtener un permiso para volver a España. Me acusó severamente de “usar la marina británica como un taxi para desplazarme por el Mediterráneo”, que era

justo lo que acababa de hacer. De todas maneras, logré persuadirlo y me dio el documento requerido. Volé a Barcelona; fue el primer vuelo de mi vida. Había un trabajo esperándome. Debía ir al frente como secretaria del Oficial Médico en Jefe de la 35 División.

En este punto debería haber sido prudente y dar mi versión de la serie de hechos siniestros que habían llevado a mi expulsión de Valdeganga y pedir vindicación. Pero no lo hice. En primer lugar, porque estaba muy contenta de tener nuevamente un trabajo. En segundo lugar, me convencí de que, dado que todo el mundo en Barcelona confiaba en mí y me designaba para un trabajo de responsabilidad, y dado que era una etapa crítica de la guerra, no debería desperdiciar el tiempo de los demás para aclarar mi posición. Es verdad que Winifred me lo advirtió al decir que se murmuraba que yo era una “aventurera”. No le hice caso, en parte porque estaba tratando de borrar una mancha de mi conciencia. En los últimos y turbulentos días de Valdeganga había tenido con un paciente -un hombre mucho más joven que yo- un rollo efímero que, en la sobrecargada atmósfera (ya he hablado del mal de altura), había explotado y estallado como un cohete. El Oficial Médico, y probablemente muchos más, debió de enterarse. Me sentía terriblemente culpable y quise dejarlo atrás.

No fue prudente porque el Cuerpo Médico había archivado un informe agravante que quizá no había llegado al servicio médico, pero sí a una autoridad más alta y poderosa encargada de vigilar a los comunistas de todos los países. No hay más que leer la obra de Artur London *La Confesión*, donde demuestra cómo el mero hecho de haber servido en España era suficiente, en la Europa Oriental de finales de los 40 y principios de los 50, para ser sospechoso de haber sido agente de la Gestapo o de los Estados Unidos, con todas las horribles consecuencias que sufrieron los brigadistas internacionales en

Checoslovaquia, Rumania, Polonia, Hungría y otros países. Pero esto es una mirada retrospectiva. No podía preverlo en ese momento y, tal como se desarrollaron las cosas, no vi entonces ni más tarde las consecuencias de mi desatino (y cobardía).

Barcelona mostraba los signos del asedio. Las caras estaban pálidas y demacradas. Las raciones civiles eran más exiguas que las escasas que recibían los militares. Todo el mundo llevaba una pequeña bolsa con su ración diaria de pan negro e insípido que ya no se servía en los restaurantes. Y a los españoles les gusta comer mucho pan en sus comidas. Bombardeaban el puerto a diario. Los niños, o un buen número de ellos, fueron evacuados a lugares más al norte, a esas heroicas "colonias infantiles" que continuaron educándolos, cuidándolos y dándoles el amor que los españoles prodigan a sus niños. Una visitante llegada de Inglaterra en nombre de uno de esos comités cuyo objetivo principal era ayudar a los niños, contó cómo se sorprendió cuando encontró todas las mesas del comedor de una de las colonias con manteles de tela blancos y con floreros. Cuando preguntó si no era un gasto innecesario, le contestaron: "Es que los traemos aquí para educarlos". Pero el desgaste de la guerra se hacía cada vez más aparente.

Me dirigí al frente. El frente parecía ser en ese momento la piedra angular de la lucha contra el fascismo y la guerra. Había que parar a Hitler. Incluso mi pequeña contribución podía ser una ayuda. Me encargaron escoltar a una delegación australiana formada por una única mujer, la mujer de un ferroviario que había sido enviada por su organización (la organización de las mujeres de ferroviarios) que había recolectado una gran cantidad de dinero necesario para su viaje con el objetivo de visitar a los australianos que servían en España y para informar de la situación global de la lucha contra Franco. Era una gran persona, firmemente dispuesta a sufrir todo tipo

de riesgos y adversidades para llevar a cabo su misión y justificar la confianza que en ella habían depositado sus compañeras.

Aunque no lo sabíamos, se estaba preparando la última gran campaña del Ejército Popular de la República, el cruce del Ebro. Después de dejar a Alice en su destino, me dirigí a los cuarteles del Cuerpo Médico de la 35 División y fui presentada al Dr Len Crome, el Oficial Médico Jefe.<sup>6</sup> Mi trabajo consistía en escribir sus informes en español formal, mantener los archivos médicos de la división y transformarlos en información estadística utilizable, así como sellar todos los documentos oficiales que se emitían con un sello de goma oficial que llevaba colgado del cuello y que conservé hasta que dejé el frente cuatro meses después. También conseguí una bolsa de té, un camping-gas y una pequeña cantidad de azúcar.

A veces he pensado que servir té en todo momento, de día y de noche, me transformaba en un funcionario del bienestar social de nuestra unidad (personal del cuartel, médicos, conductores de ambulancia, mecánicos, cocineros, etc.) y quizás esa fue mi mayor contribución a la batalla del Ebro, además de las estadísticas, que *hubieran* sido extremadamente útiles e informativas si la batalla hubiese terminado como nosotros queríamos.

En un ejército en tiempo de guerra hay muchos períodos de

---

<sup>6</sup> Len Crome (su nombre original era Lazar Krom) había nacido en Letonia en el seno de una familia judía trasladada a Edimburgo en 1926. Comenzó trabajando en España con el Dr. Bethune, pero pronto pasó a la 35 División Internacional bajo el mando del general Walter, primero, y de Pedro Mateo Merino a partir de mayo de 1938. Destacó por su capacidad para establecer hospitales móviles de campaña cerca de los frentes; así consiguió reducir notablemente la mortalidad por el rápido traslado de los heridos. El tratamiento que recibían estos llegó a calificarse como mejor del que hubieran recibido en esa época en los hospitales británicos.

espera; cuando la batalla arrecia, la moral es alta y todo el mundo está ocupado. Es durante el tiempo de espera, algunas veces sin saber *para qué* se está esperando, cuando aparecen las quejas, el aburrimiento, las dudas, las incomodidades, la nostalgia y las ansiedades que tienen un efecto nocivo en la moral. Éramos un grupo variado, españoles, británicos, americanos, canadienses, unidos en el objetivo, pero diversos en la lengua, la historia y la cultura. No era mi objetivo dar arengas políticas: esa era la tarea del Comisario. Mi objetivo era tratar de mantener a la gente con buen humor. Aunque parezca raro, descubrí que uno de los mejores antídotos contra la melancolía era comenzar una conversación sobre *la comida*. “¿Qué son los perritos calientes?”, solía preguntar, y cuatro o cinco norteamericanos empezaban instantáneamente y con entusiasmo a describir su versión.

Nos alimentábamos con una dieta suficiente pero monótona, consistente fundamentalmente en lentejas, que llamábamos con cariño la “píldoras del Dr Negrín”. Negrín nos había dado el slogan de “*Resistir es vencer*”. “¿Qué comemos hoy?”, solía preguntar alguien. “¡Resistencia!”, era la respuesta. Se podía pensar que concentrarse en la comida, en las nostálgicas descripciones del helado dominical, en el pastel de manzana de la madre, en una buena *paella* con mucho azafrán y ajo, en las copas heladas con chocolate, tartas con sirope y crema, entristecería a la gente, pero no era así. Los animaba.

Cuando llegué, el cuartel del Cuerpo Médico de la 35 División estaba situado en una granja decrepita. Un día estaba escribiendo a máquina en una polvorienta “oficina” en la planta alta, cuando entró un tipo alto, barbudo, con gafas. Era George. El encuentro fue totalmente inesperado para ambos. Nos abrazamos, intercambiamos apresuradamente noticias, leímos las cartas que cada uno había recibido del querido y fiel abuelo Green y hablamos de los niños... Enseguida tuvo que

partir. Pero lo vi. Estaba *vivo*.

Poco después nos mudamos a un lugar que tenía un curioso hospital de “urgencia” montado en una cueva; una maravilla natural con un alero rocoso inmenso en la ladera de una colina empinada. Dado el estado deplorable de los caminos, los servicios médicos del Ejército Popular tenían la costumbre de llevar a los hombres más seriamente heridos a hospitales improvisados lo más cerca posible del frente, para evitar los zarandeos y el transporte muchas veces letal a la Base. Aquí fue donde vi a Leah Manning, una diputada laborista y miembro del Comité de Ayuda a España que visitaba España. Le sujetaba la mano a un moribundo, uno de sus electores. Leah era valiente y se había ganado la gratitud de los españoles por su inmenso trabajo de trasladar a miles de niños vascos a Inglaterra en las primeras etapas de bombardeo en el País Vasco. Mi querida amiga, Patience Darton,<sup>7</sup> enfermera en este hospital, se ocupaba de los heridos día y noche; a menudo no descansaba en 24 horas o más. Nosotros estábamos en tiendas un poco más abajo, en el valle. Mi oficina estaba ahora al aire libre y mi casa era un colchón en el que, si el tiempo era bueno, dormía también al aire libre (de lo contrario lo hacía en una tienda con varios hombres). Pero estábamos activos, muy cerca del río que pronto atravesaríamos.

Estábamos en La Bisbal de Falset, un pequeño pueblo de

---

<sup>7</sup> Una de las enfermeras británicas más conocidas. Inició su trabajo en el hospital de Grañén y pasó por varios hospitales antes de acabar en el hospital de Santa Lucía. En 1996 Patience vino a España a participar en el homenaje a las Brigadas Internacionales, pero su corazón no pudo resistir y murió. Sus familiares cumplieron su última voluntad: que su cuerpo fuera envuelto con el abrigo de Robert Aaquist -un voluntario alemán del que se enamoró y que murió en los combates del Ebro-, incinerado y esparcido en las cercanías de la cueva de Santa Lucía. Nota biográfica sobre Patience Darton:

<https://www.lavanguardia.com/cultura/20120306/54264493213/vida-enfermera-trabajo-doctores-mois-es-broggi-iosen-trueta.html>

montaña con vistas al Ebro. No muy lejos, aunque no las podíamos ver, las unidades de la 35 División hacían preparativos para cruzar. En los primeros días de julio, para mantener la moral y celebrar el 14, día de la Revolución Francesa, decidimos hacer una fiesta para los vecinos. Iba a haber discursos, un día dedicado a los niños y otro día a los deportes. Me asignaron la tarea de organizar a las vecinas, con las que acostumbraba a encontrarme todos los días en la única fuente que había, intercambiando noticias y cotilleos mientras nuestros recipientes se llenaban con el lento chorro de agua. Comencé visitando al alcalde, que no fue nada comunicativo. "Este no es un trabajo para mujeres", me dijo. "Las mujeres no tienen nada que hacer en política, no quiero ver a una mujer echando discursos". "Pero ¿y Pasionaria?", pregunté. "¡Ah, ella es diferente!".

Afortunadamente encontré un pequeño grupo de madres. Hicieron tartas y otros dulces a pesar de los pocos ingredientes con los que contaban, aumentados con las contribuciones de nuestras raciones. Colgaron chales de colores y mantas de sus balcones. Hubo una procesión de niños cantores por la calle principal observados por madres llorosas (yo también lloraba). Hubo una merienda, juegos, canciones y bailes. Al día siguiente tuvimos deportes. El día deportivo fue excepcional. Había una sola superficie plana en el pueblo, la carretera principal que cortaba la calle principal. Se transformó en una pista, en un terreno para atletismo y en un campo de fútbol. Nuestro grupo (los sanitarios) jugaron contra un grupo de la unidad de fortificaciones que también estaban estacionados allí. Todo el evento se interrumpía intermitentemente por convoyes de camiones que iban hacia el río, cargados con armas y municiones. Todos sabíamos dónde iban y para qué, pero nadie dijo ni una palabra. (El cruce del Ebro, un día o dos

más tarde, tomó al enemigo por sorpresa. En La Bisbal no había quintacolumnistas).



Leah Manning y Nan Green cerca del hospital de La Bisbal de Falset.

A la noche siguiente cruzamos el río por la noche, con las primeras tropas. Con Crome y su asistente, recorrimos curvas estrechas y empinadas en la negra oscuridad. Durante el camino pudimos escuchar y a veces ver a campesinos locales despedazando piedras de los costados y poniendo ramas para rellenar los baches y facilitar las maniobras de los vehículos pesados. Lo logramos al amanecer.

Era una escena desoladora, los cuerpos yacían junto a la carretera, las viviendas estaban destrozadas y había enormes pilas de materiales descartados, papeles, maletas, ropa de cama

y hasta rifles, prueba de la prisa con la que el enemigo había huido. Establecimos nuestro primer cuartel en Flix (creo), en los edificios de una central eléctrica donde los técnicos (alemanes) nos habían dejado trincheras muy bien construidas que nos servirían de refugio cuando comenzasen los bombardeos, cosa que ocurrió muy pronto. Estábamos cerca de un pontón y todos los puentes fueron bombardeados durante las horas de luz; en estas circunstancias no lográbamos realizar nuestro trabajo y nos mudamos de la orilla del río a una granja relativamente intacta donde, además de nuestro cuartel, establecimos un quirófano de “emergencia”, con abastecimiento eléctrico obtenido de un pequeño generador cuidado con inmensa destreza y mimo por Kozar.

Mi trabajo se hizo intenso. Todos los días los médicos a cargo de los hospitales de sangre de cuatro líneas del frente enviaban sus listas con las bajas; mi trabajo consistía en escribirlas a máquina, clasificarlas en varias categorías (heridas en la cabeza, en las piernas, amputaciones y demás; hospitales militares donde se los enviaba, armas que habían causado las heridas -morteros, proyectiles, balas y otros) y periódicamente pasar estas cifras a gráficos, con la ayuda de una caja de acuarelas y algunos instrumentos de dibujo. Las listas de bajas se enviaban todos los días a las 4h. al Alto Mando, allí se coordinarían con los informes de otras divisiones y compulsarían con los informes de los hospitales militares, que revelaban cuánto tiempo, por ejemplo, le llevaba a un hombre con fractura de tibia superar el tratamiento y volver al frente, o la necesidad urgente de más cascos de hojalata (había poquísimos sorprendentemente). Hubo muchas bajas, tuvimos una avalancha de trabajo que casi no podíamos asumir (aunque seguía preparando té) y durante unos minutos de agonía todos los

días buscaba el nombre de George.<sup>8</sup>

Todos los días sufríamos incursiones aéreas y a veces estábamos en medio del fuego de munición. Un ejemplo de la terrible desventaja con la que todo el ejército luchaba (debido a la política criminal de “No Intervención”) es que cuando venían los aviones no teníamos necesidad de identificarlos como del enemigo o de los “nuestros”. Una rápida mirada al cielo era suficiente. Si era uno de los nuestros, el cielo se llenaba de explosiones de fuego antiaéreo, mientras si era uno o más de los suyos, y a menudo venían en formación, sólo podíamos ver esporádicas nubes de humo.

La familia de campesinos dueña de la granja se había trasladado a un pueblo en la retaguardia. Dos o tres veces por semana el granjero y una o dos de sus hijas arriesgaban su vida recorriendo fatigosamente muchas millas, atravesando un cruce de caminos que era constantemente bombardeado, para mantener limpias las acequias e intentar salvar la cosecha. Un día, por alguna razón, recibimos un envío de *zapatos* entre los que había un par de zapatos de mujer, de piel, que eran pequeños para mí. Se los di a la hija del granjero. En la siguiente visita vino toda la familia, incluyendo la digna abuela que traía en su mandil cuatro huevos para mí. Todos habían venido

---

<sup>8</sup> Después de clasificar las bajas por categorías, Nan confeccionaba gráficos coloreados con acuarelas que eran de gran ayuda para identificar las provisiones cruciales que se necesitaban y para establecer las prioridades en los tratamientos. “Su sistema, dice Paul Preston, fue recogido por el cirujano neozelandés Douglas Jolly, que lo utilizó en la Segunda Guerra Mundial en el Norte de África y en Italia”.

bajo el fuego para cumplir con la obligación española de retribuir un regalo.

Éramos casi 40, entre médicos, asistentes, camilleros, conductores y personal de oficina. Pedí un poco de harina de la cocina y a Kozar le pedí una sartén pequeña: no había leche, pero con harina, agua y cuatro huevos, hice 38 tortitas (una especie de milagro de la alimentación de los cinco mil), cada tortita con un poco de azúcar espolvoreada. Fue una fiesta.

Los puentes por donde debíamos recibir el abastecimiento eran permanentemente bombardeados. A veces todos estaban destruidos y no se los podía reparar inmediatamente, a veces se tardaba hasta dos días, aunque las unidades de fortificación trabajaban heroicamente. Una de las necesidades más urgentes era sangre para el servicio de transfusiones, que estaba comenzando. Dado que era donante universal, y trabajadora sedentaria, me reclutaron para dar sangre por transfusión directa, una experiencia inolvidable. Acostada junto a un hombre gravemente herido, a punto de morir, veía como volvía el color a sus labios, su respiración mejoraba y volvía a la vida. En el presente la transfusión es un tema mucho más científico y complejo, pero entonces la clasificación que se hacía era mucho más sencilla (no me hicieron la prueba de la tuberculina por falta de tiempo). En esos primeros días de la campaña del Ebro doné 200cc de sangre tres veces en poco más de dos semanas. No tuve efectos negativos, salvo que las piernas me pesaban durante un par de días. En cada ocasión recibí (por norma) un *vale*, un trozo de papel que me daba derecho a una lata de leche condensada y un huevo. Ninguno de los dos alimentos existía. Pero la tercera vez Kozar, sentado junto a su generador, vio cómo alguien me buscaba para el quirófano; cuando salí, descubrí que había cazado un conejo y lo estaba guisando en su pequeña sartén. Estaba tan fresco que el corazón, en un plato junto a él, *todavía latía*. Querido Kozar, otro

de los benefactores inmerecidos que mejoraron mi vida.

La primera arremetida concluyó y la XV Brigada tuvo unos pocos días de descanso. Visité el Batallón Británico, un grupo de hombres agotados y diseminados por una ladera árida. Allí estaba George, ileso. Pasamos juntos dos tardes y una noche en un sofá con pulgas. Me llevaron a ver a Sam Wild, el comandante del Batallón. Sus primeras palabras fueron: “¿Has comido?” (pura hospitalidad estilo Lancaster). Me dijo que George había sido honrado con una “mención” en los comunicados.

Volvieron al frente, donde los británicos se habían ganado el apelativo de “Batallón de choque” por el papel jugado en el ataque casi triunfal a la “Cota 481” en Gandesa. Luego comenzó la larga, lenta, desesperada y heroica retirada del Ejército Popular Republicano, luchando contra la abrumadora superioridad de los fascistas, ayudados por tropas alemanas e italianas y su material de guerra. Perdimos terreno. Durante unas pocas horas nuestro hospital y el cuartel estuvieron entre ambos frentes. Nos tuvimos que retirar rápidamente, de nuevo hacia el río donde nos establecimos en otra granja en ruinas, no lejos del túnel del ferrocarril, que funcionaba como hospital para protegerse de los ataques aéreos.

Crome fue remplazado por un jefe médico procedente de los restos del Quinto Regimiento (el regimiento comunista que se había cubierto de gloria y era sinónimo de coraje y eficiencia militar). Enrique Bassadone era lo opuesto al extrovertido pero muy eficiente Crome, que tenía una irreverencia devastadora hacia la burocracia y gustaba de rodearse de tipos excéntricos y bichos raros. Altamente profesional, con un asistente para mantener en forma su uniforme impoluto y para servir su mesa, Enrique no aprobaba la presencia de mujeres

y siempre se dirigía a mí de usted, a lo cual yo respondía travesamente con el tuteo, costumbre universal en la España republicana.

En ese momento recibimos la noticia de que el gobierno republicano había decidido enviar *a todos* los miembros de las Brigadas Internacionales a sus países y proponer una retirada proporcional del otro bando. La causa era los interminables titubeos de la Liga de Naciones respecto a la existencia de tropas extranjeras “en ambos bandos”, que igualaba con máximo cinismo los pocos *voluntarios* que habían venido a España para arriesgar sus vidas en la lucha contra el fascismo con los ejércitos profesionales de Alemania, Italia y Portugal, sin mencionar los aviones que traían consigo. Esto no tenía en cuenta que muchos voluntarios no tenían un país al que ir, dado que venían de países fascistas y su regreso hubiese significado juicios, cárcel y muerte.

## VIII

Nos enviaban a casa. George tenía una ligera herida en la cabeza, que fue tratada y cosida pronto, pero el hospital donde lo enviaron quería que quedase ingresado porque tenía úlceras que supuraban en las piernas (todos padecimos de esto en diferentes grados). Al enterarse de la próxima retirada, George había insistido en regresar al Batallón para participar en la acción final de sus camaradas británicos. Vino a nuestro cuartel con una nota que decía que le habían dado el alta *a petición propia*. Pasamos un par de horas juntos, hablando con ansiedad acerca de quién regresaría antes a Inglaterra, cómo resultaría y quién vería primero a los niños; acordamos

que George no debería afeitarse la barba hasta que lo viesen, porque el abuelo Green nos había dicho que estaban fascinados con la idea de un padre barbudo.

El 22 de septiembre era la fecha fijada para la retirada del Batallón Británico; nuestro pequeño grupo de la División (fundamentalmente conductores, mecánicos, americanos y canadienses) debía ocuparse en formar a sus sucesores españoles y no teníamos fecha fija para la partida. George estaba convencido de que los gobiernos británico y francés, a la vista de lo que estaba en juego de sus propios intereses después de Múnich, debían ahora tomar medidas para entregar grandes cantidades de suministros militares, que estaban retenidos en la frontera francesa en nombre de la “No Intervención”. Estaba contento de volver al frente para participar del golpe final al enemigo fascista y me envió una nota al llegar al Batallón, repitiendo su convicción sobre la pronta llegada de los suministros tan necesarios.

Llegó y pasó el 22 de septiembre. Aunque yo estaba todavía en el frente, suspiré con alivio cuando vi que George no estaba en la lista de bajas que estudiaba con pánico. La noche del 23, dos colegas me despertaron. “George está desaparecido”, me dijeron.

Debido a un ataque enemigo inesperadamente severo, se había solicitado a los británicos quedarse un día más para repelearlo en la Sierra de Pandols [en realidad fue en la Sierra de Laval de la Torre, cerca de Cavalls]. A pesar de una resistencia desesperada, habían tenido que retirarse y cuando pasaron lista, George no contestó.

No dije ni una palabra. Me cubrí con las sábanas los hombros repentinamente helados y me quedé quieta, tratando de asumir el bombazo. No debía ser verdad, no podía ser verdad. “Desaparecido” significaba “puede estar vivo o puede estar

muerto”, y este pensamiento se repetía en mi mente como si una aguja estuviese atascando un surco del gramófono. Mis queridos colegas hicieron un pacto para no dejarme sola ni un minuto y establecieron una rotación para eso. Era algo *excesivamente bondadoso*. Hubiese preferido estar sola y tratar de enfrentarme con la situación. *No debo llorar. Debo cultivar la esperanza*. El puede-estar-vivo-puede-estar- muerto se repitió con desconcertante monotonía en mi tiempo de vigilia durante el resto de mi estancia en España y también en los meses siguientes, hasta que fue cambiando gradualmente en desesperación.

Un par de semanas después dejamos el frente nosotros, un puñado de internacionalistas, tras pasar nuestras tareas a nuestros sucesores españoles. Cruzamos el río en un *camión* descubierto y recuerdo la repentina sorpresa y alegría que sentí al atravesar el primer pueblo, en el punto más lejano y iver mujeres en la calle! No había visto a ninguna mujer desde hacía varias semanas y me hubiese gustado bajarme del camión y abrazarlas. ¡Aquí estáis, hermanas mías queridas! ¡Llorad conmigo! Paramos en Ascó, donde comencé a llamar a todos los hospitales donde podrían haber mandado a las bajas. Pasé horas gritando a través de unas líneas llenas de crujidos, zumbidos e intermitentemente mudas. En un momento obtuve una respuesta que levantó una débil esperanza. En algún hospital me dijeron que tenían a un George Grey, con una herida no muy importante, un francés. ¿Sería un error? ¡Debía ir y enterarme!

No recuerdo cómo llegué a Barcelona. Allí recibí la solidaridad más tierna y la ayuda más práctica de Peter Kerrigan, en ese momento corresponsal del *Daily Worker*. Peter facilitó mis viajes a cinco hospitales. El que me había despertado más esperanzas negó todo conocimiento de algún George Grey... No había nada que hacer salvo volver a casa.

El chófer catalán que nos trasladó (a mí y a una de las enfermeras inglesas, ¿Margaret Findlay o Dorothy Rutter?) a la frontera, estaba preocupado por su hijito, que estaba enfermo. En el puesto de guardia francés rogué y supliqué que me permitiesen entrar en Francia, comprar leche condensada, volver a España, entrar unos 20 metros, y darle al chófer la leche condensada. ¿No era inofensivo introducir latas cerradas de leche condensada en España? ¡Por favor, permítamelo! Se negó. Nos dirigimos a un café a comer. Comí dos trocitos de un bollo de pan blanco con mantequilla fresca (no había probado ninguno de los dos en meses) y luego no pude tragar un bocado más. En Tolón me compré un par de zapatos, mis *alpargatas* estaban casi destrozadas. Luego cogí el tren, no recuerdo si hacia Calais o Le Havre.

¿Qué le iba a decir al abuelo Green? ¿Cómo, y *qué*, le iba a decir a los niños? “Está desaparecido”, le dije al abuelo. Compartirlo con él hizo más duro el dolor y no lo alivió. Pero fue reconfortante estar con él. Fuimos al día siguiente a Summerhill, era domingo. Neill estaba en la estación, habitualmente iba a recibir a los padres los domingos. Se lo conté y me apresuré a ver a mis queridos. “Papá no viene todavía, aún no sabemos dónde está”, fue todo lo que pude decir. Pero un niño me había escuchado hablar con Neill y media hora más tarde Francés me dijo: “¡Sally dice que papá está *desaparecido* y yo no quiero que esté desaparecido!” Debía inculcarles esperanza, pero no demasiada... No se debe mentir a los hijos, pero ¿cuál era la verdad en este caso? Puede-estar- vivo-o-puede-estar-muerto.

Esa tarde había un cumpleaños. Me senté y contemplé cómo mis dos niños comían dulces, bocadillos y tarta. Entre cada cucharada Martin me miraba con tanto amor irradiando en sus ojos marrones, con una mirada muy parecida a la de los

ojos grises de su padre cuando me miraba sonriente al principio de nuestro matrimonio y me decía: "¡Te adoro!" No lo podía soportar. Francés se negó a admitir que su padre podía no volver. Lo enterró en su interior donde comenzó a gangrenar. Vivía una pena *adidta* a la que no encontraba salida.

Summerhill había sido buena para ellos y con ellos. Y cuando llegó el momento de decirle a Neill que no podía pagar la tarifa y que tenía que darles de baja, hubo otro acto de generosidad. Me ofreció tener a los dos con la tarifa de uno. Otro acto de fantástica generosidad de los tantos que recibí en mi vida. Mi deuda con Neill es impagable.

Seguí trabajando para España, "cambiando simplemente el frente y las armas", como decían los Brigadistas Internacionales. La guerra todavía no estaba perdida. La lucha continuaba. Se necesitaba más que nunca comida, suministros médicos y más urgente todavía era la pelea política "Salvad a España, salvad la paz". Mi trabajo a tiempo total estaba en el Comité Nacional de Ayuda al Pueblo Español (National Joint Committee for Spanish Relief). Compartía un piso pequeño en un bajo en Bloomsbury con Winifred Bates y juntas formamos un grupo de voluntarios: las Unidades Médicas Británicas de España ("British Medical Units from Spain"), que organizaban reuniones con enfermeras, médicos y otros que habían vuelto para informar, recolectar fondos y escribir a la prensa local y nacional. Una representación de enfermeras visitó a Mrs Chamberlain, para pedirle intervención en nombre de las mujeres y los niños españoles. No estaba en Downing Street; cogieron taxis y fueron a Chequers, allí se encontraron con *barreras* a la entrada. Informaron a la prensa, lo que generó titulares. Angela Guest, siempre original y lanzada, volcó una lata de pintura roja en los escalones del número 10 de Downing Street para representar la sangre de los españoles, lo que

también generó titulares. La lucha se hizo cada vez más desesperada y empezamos a dudar sobre los resultados...

Mientras tanto me carcomía la duda sigilosamente. Según pasaban los días y no había noticias, comencé a saber en lo más profundo de mi corazón que si George estuviese vivo, de alguna manera se hubiese apañado para comunicarse conmigo. A pesar de eso, me inventaba toda clase de fantasías para mantener viva la frágil llama de la esperanza. (¿Podía estar prisionero, herido gravemente o ciego e incapaz de escribir?) Era un bochorno para mis amigos que no sabían si consolarme u ofrecerme esperanzas. En mi intolerancia juvenil había declarado que los funerales eran un sinsentido supersticioso, pero ahora sabía, y desde entonces lo sé con más claridad, que un funeral es una necesidad para los que quedan vivos, permitiéndoles dar salida a su pena y *trazar una línea* debajo de una etapa de su vida después de la cual uno debe continuar de otra manera, sea como sea. Pero no tenía nada con qué asumir la situación. ¿Era una viuda o una esposa? ¿Cuándo debía empezar a afrontar la vida sin mi otra mitad?

La larga pesadilla finalmente concluyó. A principios de marzo, cuando se acercaba el final en España y el éxodo de Cataluña estaba por comenzar, recibí una carta oficial del Gobierno Republicano diciendo que George había muerto el 23 de septiembre. Winifred, que me vio abrir la carta, me dijo después que supo lo que decía porque me puse gris. Lo que conseguí en las horas siguientes fue la determinación de no mostrar que estaba destrozada; por los niños, que debían descubrir cómo podía ser a la vez padre y madre para ellos, y por George, sobre quien no debía caer culpa alguna. Orgullo, orgullo por haber dado su vida por la causa que todos amábamos debía ser la clave.

Recibí unas pocas, pero valoradas, cartas de condolencia. Wogan escribió que "conocer a George había alterado el curso completo de su vida". El sindicato de músicos me entregó un cheque de 60 libras y una placa con el reconocimiento del trabajo de George. Paddy O'Daire me estrechó la mano y dijo: "Era un gran tipo". Estas y otras fueron muy reconfortantes.

Ahora podía contárselo a los niños. Francés, pobre criatura, no podía aceptar las noticias. Continuó contándole a sus compañeros fantasías acerca de la tarta que iba a preparar cuando su padre volviese. Enfermó, tuvo una misteriosa fiebre alta y Neill me mandó a llamar. El día que llegué, Neill, con su típica sabiduría, había mandado a una niña huérfana a jugar con ella. La conversación versó sobre los padres. "No tengo padre", dijo Sally. "Es curioso, yo tampoco", dijo Francés... Yo le había traído algo que ella quería: una "falda de paja" para bailar como en el Caribe. La miró y lloró. "¿Qué sucede?", pregunté. "¿Ahora no la quieres?" Se largó a llorar y se arrojó a mis brazos, diciendo: "Sólo quiero a papá". Entonces pudimos llorar juntas.

Martin, pienso, no había asimilado, con la resiliencia de los niños más pequeños, lo que significaba y realmente le llevó más tiempo asimilar la pérdida (si es que lo logró). Dos años después lo encontré en la cama mirando al techo. "¿Qué pasa, no puedes dormir?", le pregunté. "Estoy *tratando de recordar a papá*" me contestó. "Ah, dije, yo no tengo que intentarlo porque te pareces tanto a él que cada vez que te miro lo puedo recordar muy bien".





### **Texto de la contraportada de *Una crónica sin importancia***

Nan Green (1904-1984) dedicó su vida a lo que ella identificaba como la causa de la humanidad. Nacida en Nottingham y criada en Beeston y Birmingham, se hizo adulta presenciando los logros de las sufragistas, el racionamiento de la primera Guerra Mundial, el avance de los laboristas en la década del 20 y la Gran Depresión, un período en el que primero se rebeló contra su familia y más tarde contra su conservadurismo político. También incrementó su activismo en política, primero dentro del movimiento laborista y luego en el partido comunista. Durante este período se casó con un camarada activista, fue madre y luego, de manera no convencional, siguió a su marido a España para unirse a la causa republicana. Su marido murió en acción precisamente el último día en que las Brigadas Internacionales lucharon contra los fascistas, y Nan Green regresó al Reino Unido para retomar su campaña a favor de la causa republicana y sus refugiados durante la Segunda Guerra Mundial. Después de la guerra participó en actividades comunistas dentro del movimiento pacifista. Su trabajo en el partido la llevó a China como traductora; de allí, y luego de una breve visita para conocer el apartheid en Sudáfrica, regresó al Reino Unido y continuó con su

trabajo en favor de los veteranos de las Brigadas Internacionales y otras causas socialistas.

Las memorias de Nan Green trazan de manera simple pero elocuente este peregrinaje político y geográfico, con su constante activismo, sus campañas y los dilemas que planteaban, mientras el movimiento comunista se adaptaba al shock del pacto Hitler- Stalin, los juicios ejemplares de la Rusia soviética y otros excesos, y las transformadoras anfractuosidades del comunismo chino bajo Mao Tse-tung.

*Una crónica sin importancia (A Chronicle of Smctll Beer)* es una historia conmovedora respecto a su compromiso continuo frente a los diferentes tipos de adversidades y logros que alcanzó.